



Germán
Espinosa

*Rubén
Darío y la
sacerdotisa
de Amón*

Una carta fechada en 1960 revela los misteriosos, y hasta entonces desconocidos, hechos que vive el poeta Rubén Darío un verano de 1910 en la costa francesa. Invitado a la casa del conde de «Pont-l'Abbé», sugestivamente llamada «El Jardín de las Almas», el sumo sacerdote del modernismo, entre efluvios de alcohol e inspiraciones poéticas, se ve involucrado en una extraña experiencia sobrenatural que se origina en una sesión espiritista. En el lecho del amor el poeta asiste espantado a lo que parece un acto criminal, y movido por una de esas vocaciones intensas y fatales que hacen a los grandes artistas, y que lo ha llevado al podio de la poesía, Rubén Darío desentraña desde el más acá los oscuros designios de las almas inmortales.

CARTA DE RICARDO QUINTANA A M. M. L.

Buenos Aires, Noviembre 17 de 1960

Querido Manucho:

Tal como te lo tenía prometido, te remito con la presente la memoria que, durante el pasado invierno, me atreví a pergeñar acerca de la rara aventura que, en 1910, hube de correr a la vera del gran poeta nicaragüense Rubén Darío. Siempre he apreciado tu buen criterio y tu excelente gusto para juzgar obras de la pluma. Aun así, para el caso presente sabría agradecerme extremar tu rigor y volver más acuciosas tus exigencias. No temas, por consiguiente, hacer, con la prosa de este viejo, uso del lápiz que tacha.

Como ya tuve ocasión de comentarte, sólo mis amistades más dilectas conocieron, en aquellas fechas, los pormenores de tan peregrinos sucesos. A veces, cuando extendiendo el recuerdo hacia esos días de mi juventud, tengo la sensación de que todo no fue más que una fantasía. Una fantasía inducida por la emoción de haber sido escogido para acompañar al "liróforo" —como él llamó a Verlaine— en aquel viaje veraniego.

Es lo cierto, empero, que —pasados tantos años, muerto Darío hace ya más de cuarenta— los episodios vividos por entonces en el septentrion francés se encuentran en mi memoria, como sólidamente reales que fueron, más nítidos y perturbadores que nunca, y que, en consecuencia, el narrarlos puede haber constituido, a la postre, una necesaria catarsis. Te juro que, ahora, me siento como lavado y purificado.

En tiempos pasados, el insigne Leopoldo Luganos, el admirado Ricardo Jaimes Freire —que era profesor en la Universidad de Tucumán— y otras personas que tuvieron el privilegio de ser amigos del poeta y a quienes, muy en privado, confié aquella experiencia, me instaron con tesón a relatarla. Preferí abstenerme, sin embargo, porque me in-

quietaba el tener que inmiscuirme de un modo arbitrario en un capítulo de la vida íntima de un gran hombre sobre el cual él, asombrosamente, guardó silencio, al menos en público.

Pasados todos estos años, me parece, no obstante, que el narrar lo ocurrido en aquel verano imborrable ya a nadie puede dañar: los escrúpulos que Darío pudo tener respecto a las personas involucradas, poca razón de ser poseen ya, si se piensa que el olvido las ha arropado, acaso con sapiente piedad.

En tus manos queda, Manucho, que estas páginas sobrevivan o que naufraguen en el olvido. Sólo una cosa quisiera hacerte notar y es que acaso, en mi experiencia de hace cincuenta años, se oculte un dato precioso para aficionados o profesionales contemporáneos de esa ciencia (no vacilo en calificarla así) llamada parapsicología, cuyas proyecciones futuras despiertan mi entusiasmo más férvido. Tal vez sea ése el impulso kármico que me ha animado a escribirlas. Y también su justificación para la posteridad. Pero no. Desoye estas últimas frases, dictadas por la vanidad. Haz uso del escalpelo y no tengas piedad de tu amigo,

R. Q.

I

Silbó la locomotora en la perplejidad del alba. Taciturnos como ahora veníamos, nuestras miradas se dejaron cautivar, no bien clareó sobre los campos, por esa densa vegetación herbácea que, en determinados parajes, se mezclaba con el arbolado, pródigo en matices embriagadores, para formar los famosos *bocages*. Nos hallábamos, pues, en Bretaña. Bordeando el estuario del Ranee, avanzaba ya el convoy por entre una hilera doble de pinos marítimos, de corteza pardusca y a trechos rojiza, e irrumpimos, por fin, en las granjas vecinas de Saint-Malo, pobladas de manzanos y de vacas lecheras. Divisamos entonces, allá en el confín, la superficie bruñida y neblinosa del Canal de la Mancha; se abría entre dos penínsulas, en un golfo cuyas costas desgarradas causaban, debido a cierto aplastamiento del terreno, esas profundas rías que los bretones llaman *abers*. La locomotora fue aminorando la marcha y pronto nos detuvimos ante la estación pulquérrima, concienzudamente aseada, cuyos andenes fregaba una pareja de mujeres dispuestas a obtener la más acabada tersura.

Rubén fue el primero en incorporarse del asiento del vagón, y tuve que prestarle ayuda para descender su equipaje del maletero. El poeta no había logrado conciliar el sueño. En su rostro, flácido y de enormes ojeras, con esos ojos inocentes donde no parecía chispear nunca la malicia y esos labios gruesos y sensuales de indio chorotega, la fatiga había abierto sus zanjas. Durante el trayecto, traté a porfía de encarecerle lo conveniente de evitar esas constantes riñas con Francisca, con quien por entonces vivía en París y

que era, al fin y al cabo, la madre de su adorado "Güicho". A tales riñas, sin embargo —no podía dejar de reconocerlo—, debía el hallarme ahora en la serenidad de la costa bretona. Rubén se confesaba hastiado de la presencia de su mujer y decía haber aceptado sólo por esa razón la invitación del conde André. Como detestaba encontrarse rodeado únicamente de franceses, me pidió que lo acompañara. Yo acababa de cumplir veintitrés años, estaba lejos de haber hecho planes para el verano y no vacilé en acceder. En medio de esa noche traqueteante, consideré apropiado elogiar, pues, con una buena dosis de atrición, la abnegación y paciencia de aquella española ejemplar a quien este hombre tan admirado había dejado solitaria, en el número 4 de la calle de Herschel, entre el tumulto y la indiferencia de la *ville lumière*.

—Sí, es muy buena, Ricardo —contestó, harto mohíno—, pero tiene un gesto..., un gesto, porque en otra vida ella fue bruja y yo inquisidor, y la quemé.

Fue entonces cuando decidí abroquelarme en el silencio, que en él, por lo demás, era actitud más que habitual. Sin duda, Rubén Darío, a despecho de su catolicismo más que proclamado, creía con fe de carbonero en la transigración de las almas y, así, no habían sido tan sólo sus pendeencias hogareñas las que lo empujaron a venir, sino quizá ante todo el prestigio que, como uno de los ocultistas más audaces de la época, empezaba a granjearse este conde André de Pont-l'Abbé, con quien había amestado unos tres años atrás, por los días en que publicó *El canto errante* y nació su hijo "Güicho". Las creencias reencarnacionistas y ocultistas del sumo sacerdote del modernismo se encontraban patentes, por lo demás, en aquel poema contenido en el citado libro: "Yo fui un soldado que durmió en el lecho / de Cleopatra la reina. Su blancura / y su mirada astral y omnipotente. / Eso fue todo". En esa pieza, Rubén aseguraba haber gozado a la reina egipcia y haber hecho crujir por su

brazo la espina dorsal de la bella, en tiempos en que se llamaba Rufo Galo.

La estación se encontraba envuelta en esa neblina color perla de las madrugadas de verano, que viene flotando desde el mar y atenúa la luz de la aurora con una especie de nimbo fantasmagórico. No bien descendimos del vagón, mientras el nicaragüense colmaba con una de sus pomposas propinas la mano del ser macilento que nos ayudó con los equipajes, vimos aproximarse a un hombre moreno, de mediana estatura, que vestía un flux de lino blanco y parecía típicamente céltico. Tendría unos cincuenta años, pero sus ademanes eran joviales y saludables. Nos dijo ser Hervé, el mayordomo del conde; nos saludó con reverencia inusual y excusó a su señor por haberle sido imposible venir en persona a recibirnos. Lo dejamos que se ocupara de las valijas y nos condujo hasta un automóvil Panhard-Le-vassor, de cuatro asientos, en el cual nos encaminamos, circunvalando el canal, hacia la quinta campestre del aristócrata. Entre la carretera y el mar, las dunas ponían en el paisaje un encanto pacífico, mientras dejaban despeinarse sus crestas al vaivén de la brisa, que colmaba nuestras fosas nasales con un aroma excitante.

"Le jardin des âmes", como la quinta sugestivamente se llamaba, era una construcción moderna, sin mayores oropeles arquitectónicos, pintada toda de un verde pálido, de macizos cimientos y rodeada de una terraza con balaustrada, cuya ala izquierda daba sobre el canal. Vista de frente, se hubiera dicho mucho más pequeña de lo que era en verdad. El techo, de doble vertiente para permitir a la nieve resbalar en invierno, me recordó el de ciertos templos griegos, cual si la edificación poseyese, por algún motivo recóndito, un carácter sagrado. No se hallaba muy lejos de Saint-Malo. La rodeaban vastos terrenos de propiedad del conde, parte de ellos con siembra de manzanos para fabricar sidra, otra parte destinada a la cría de caballos de raza. Al frente, un jardín con parterres invitaba, sobre todo en ve-

rano, a largas caminatas o, acaso, a citas furtivas. En el pórtico nos aguardaban ya el conde de Pont-l'Abbé, con un traje deportivo de franela blanca, y otras dos personas de discreta apariencia: el jardinero, Marcel, un paisano delgado y desgarbado, que fumaba un cigarro, y la cocinera, Claudine, una lugareña un tanto rolliza, de agraciado sonreír. Darío, que había guardado silencio durante todo el trayecto desde la estación, de pronto se tornó un tanto locuaz, para hacer la apología de nuestro huésped, de ese caballero cuarentón, de cejas espesas y nariz prominente, que me tendió la mano con cierta gravedad no exenta de negligencia. Debió preguntarse —imagino— qué vínculo unía al poeta con un jovenzuelo como yo. Acto continuo, hizo la presentación de la servidumbre y nos invitó a entrar.

Bajo el cielo raso de la sala, con adornos poligonales, molduras y un florón en el centro, nuestro huésped indicó a Hervé, que introducía las valijas, conducirnos a nuestras habitaciones, donde, según dijo, querríamos reposar un rato. Mientras yo débilmente trataba de manifestar mi conformidad, Rubén se apresuró, sin consultar mi cansancio, a replicar que no, que nos sentíamos con vigor y que preferiría beber algo fuerte. Sonrió el conde André, que no debía ignorar la paroxística afición del poeta al alcohol; hizo señas al mayordomo de que prosiguiera sólo con el equipaje, y con un ademán nos dio a entender que fuéramos a la parte trasera de la quinta. Allí, informó, podría presentarnos a otro de sus invitados. Y, en efecto, junto a un estanque de nenúfares y tendido en una silla de extensión, con los ojos absortos en un libro cuyo título no entendí por hallarse escrito en sueco, reposaba un individuo de aspecto meridional, nerviosamente flaco, de unos cuarenta y tantos años, con una cara como de avestruz tras unos lentes que magnificaban sus ojos. Llevaba la cabeza completamente al rape y, al examinarlo, parecía evidente que se depilaba a raíz la totalidad del cuerpo, hasta eliminar todo vestigio de barba o de vello. Su indumentaria llamó mi atención y supongo que

también la del nicaragüense, pues aunque al comienzo se nos figuró deportiva, después de un sumario examen la supimos más bien estrafalaria. Vestía una especie de túnica de lino blanco y unas sandalias de idéntico color, muy ligeras, fabricadas de un material ignoto. Al sernos presentado, pareció como trepanarnos con una mirada que, acaso, intentara ser natural, pero que resultaba extremadamente fija, casi como obsesa. Se abstuvo de sonreír y su nombre lo pronunció con pausada claridad:

—Camilo Basili —musitó, con dilucido acento del sur de Italia.

Cuando Darío le alargó la mano, no le ofreció la suya y se limitó a un gesto cortés con la mirada. Yo, ante tal evasiva, preferí no extender la mía. El conde demoró informándonos, con generosidad de detalles, que su invitado se consagraba a investigaciones arqueológicas en Egipto y que había publicado varios libros sobre el pasado remoto de ese país. Aludió a cada uno de ellos con cabal conocimiento, dándonos a entender que, tras aquella ridícula facha, se recataba un genuino sabio. Encomió, sobre todo, uno titulado *Il potere egiziano*, publicado diez años atrás. En el momento de acudir a su convite, el profesor estudiaba, al parecer, las columnas y relieves del templo de Karnak, que en la antigüedad había sido consagrado a Amón y que se hallaba emplazado en la ciudad de Tebas. Para mi capote, me divertí preguntándome si Rubén, cuando se encontraba encarnado en el soldado Rufo Galo, lo habría conocido. Basili, que, como hube luego de comprobarlo, jamás condescendía ni siquiera a la sonrisa, asentía con la cabeza, mientras trataba inexplicablemente de esconder las manos bajo la túnica.

André de Pont-l'Abbé inició, a continuación, una enumeración escrupulosa de los enormes méritos líricos del nicaragüense, el cual, según dijo, había trasladado al español las músicas inmateriales de Paul Verlaine. El egiptólogo, volviendo todo el cuerpo hacia él y no tan sólo la cabeza,

inició una especie de escrutinio incrédulo de aquel personaje de quien nunca había oído hablar. Supongo que Darío debió sentirse muy incómodo, sobre todo si se piensa en el hábito en que, para él, se había convertido ya la gloria de que lo rodeaba el mundo hispánico. En aquel momento, Hervé, ya con arreos de mayordomo, apareció con una bandeja en la que traía refrescos y alcoholes. Rubén eligió uno de esos aguardientes de pera que, aunque delicados de sabor, surten efectos piramidales. El conde prefirió un vaso de sidra, el italiano se abstuvo de tomar nada y yo opté por un zumo de frutas. A estas alturas, el sol del verano ascendía y resultaba esplendente sobre el cercano mar y sobre el estanque, cuyas aguas cabrilleaban como si se tratase de un torrente de diamantes.

Conforme el anfitrión nos sugirió, nos estiramos sobre sendas sillas de extensión, rodeando al italiano. Éste se comportaba con extremo retraimiento; sus ojos eran dechados de probidad, pero también de indiscreción, y parecían molestos por nuestra presencia. Hervé había dejado sobre la mesilla, a nuestro lado, el frasco de alcohol de pera, y Rubén apuraba el brebaje transparente y se lo servía en forma copiosa. Esto no me intranquilizó: sabía que guardaba un bebedor manso bajo su capa y que el único indicio que ofrecía de hallarse en estado de postración alcohólica consistía en un silencio tozudo, que podía prolongarse muchas horas. En Madrid, donde había residido varias veces, incluso como plenipotenciario de Nicaragua, algunas personas que, sin haberlo tratado jamás, lo habían sorprendido en tal estado, se preguntaban cómo un individuo tan torpe y remiso en apariencia, podía haber escrito poemas tan sublimes.

Pero, esta vez, parecía dispuesto a participar en una documentada conversación, al menos como escucha devoto. Lo digo porque, de pronto, interrogó al anfitrión:

—André —le dijo, con voz casi inaudible por la corteza—, tengo entendido que has avanzado un poco en tus

averiguaciones sobre la metempsícosis. Me encantaría conocer tus actuales opiniones.

Al parecer, el aristócrata esperaba esta indagación, porque se arrellanó muy bien en la silla de extensión antes de hablar.

—Como te dije alguna vez —respondió, paseando por el grupo una mirada saturada de ese magnetismo que, a ratos, nos puede tornar obsesiva a una persona—, todo está en la Qábbalah de los antiguos judíos. Pero óiganme bien: de los antiguos.

Se solazó, a continuación, explicándonos lo que intentaba significar. Se imponía distinguir entre la propiamente llamada Qábbalah (escrita de esta manera) y lo que bien podía nombrarse Cabala (escrita de esta otra) La primera era la auténtica, o sea, el libro metafísico, esotérico y espiritual por excelencia, que encerraba la clave de las Sagradas Escrituras. La segunda, apenas un tratado de magia no muy blanca; un sistema mágico, por así decirlo, basado en afirmar que, si el hombre era una reducción de Dios, bien podía poseer, si aprendía a desarrollarlos, poderes sobrenaturales. A él, por supuesto, le interesaba en esencia la primera, la antigua, si es que a la segunda, nacida en el medioevo, se la podía llamar *moderna*. En aquélla —de cuya autoridad doctrinaria no era juicioso dudar—, estaba muy claro que, dentro del plan divino, la humanidad desempeñaba un papel crucial. Cada individuo nacía con la misión de cumplir algo relacionado con un aspecto particular del esquema cósmico. Ello no le era practicable en el mero transcurso de una vida, razón por la cual el Creador había ordenado una serie de reencarnaciones, serie que los viejos judíos designaban *Gilgulim* o Retorno.

—Nacimiento y renacimiento están lejos de ser sucesos fortuitos —proseguía—. Están supervisados por las Fuerzas Superiores. De allí que los antiguos cabalistas ostentaran nombres tales como “Los Que Saben” o “Los Segadores Del Campo”. Por haber reencarnado muchas veces, y por

recordar sus diversos avatares, poseían conocimiento profundo sobre períodos de la historia humana distintos de los que vivían. Conocían el natural de cualquier persona que les fuese presentada, pues la habían tratado ya en otra vida. Eran conscientes, por lo demás, de la misión que debían cumplir en este mundo. Esa sabiduría, desde luego, podemos poseerla también en forma inconsciente, y es la razón de ciertas vocaciones intensas y fatales, como la tuya, Rubén, por escribir poesía.

—Así lo he sentido siempre —aceptó el poeta.

En aquel momento, sentí necesidad de saber qué tanto interés inspiraba esta conversación (parecía una conversación sostenida en sueños) en Camilo Basili. Para mi sumo asombro, vi que el italiano había vuelto a enfrascarse en la lectura de su libro sueco, con evidente desaire hacia el anfitrión. Éste, sin embargo, aunque en efecto había reparado en ello, no parecía darle importancia. Ahora se explayaba citando los innumerables textos existentes sobre el tema de la reencarnación, entre ellos muy en especial el de Flammarión, *Encyclopédie des Sciences occultes*, el de Allan Kardec, *Le Livre des Esprits*, y el de Charles Johnston, *The Memory of Past Births*, que, según dijo, debería Darío conocer. Éste repuso que, por cierto, conocía el de Kardec, pero se apresuró a agregar que era todavía demasiado impreciso. Entonces, no pude contenerme y pregunté al poeta:

—Tú, Rubén, aseguras en un poema haber sido un soldado romano de nombre Rufo Galo y haber poseído a Cleopatra. ¿Debo creer que lo escribiste creyendo en ello o que fue sólo una ficción poética?

Contestó, enigmático, como si mi pregunta lo hubiese, más bien, fastidiado:

—A mitad..., a mitad de camino entre los dos.

El conde tomó de nuevo la palabra:

—Pero, Rubén, me parece que indagas más bien sobre los progresos que he hecho desde la última vez que conversamos. Son muchos, amigo mío. Por lo pronto, he cote-

jado la manifestación del reencarnacionismo como creencia en diversas culturas. Por ejemplo, aquí en Europa, tenemos las antiguas baladas inglesas y escocesas que hablan de almas de personas que reencarnan en animales. En ellas, los pescadores y marineros difuntos habitan en el cuerpo de las gaviotas blancas. Los niños muertos sin bautismo flotan en el aire, en forma de pájaros.

—No olvides tampoco —comentó Darío— que los romanos, si hemos de creerle a Plinio, profesaban hondo respeto hacia los ofidios domesticados, por juzgarlos encarnaciones de sus ancestros.

—Así es —ratificó el conde André—. Para no hablar de las religiones asiáticas: hinduismo, budismo... También el Islam, en algún momento, creyó en la transmigración de las almas. Incluso el cristianismo, hasta cuando esa convicción fue anatematizada por el Sínodo de Constantinopla.

—Siempre me ha asombrado —interrumpió el poeta— que Orígenes, a quien se considera padre de la patrística griega, no titubease en predicar la verdad de la metempsícosis.

—Y tantos hombres ilustres: Duns Escoto, Spinoza, Schlegel, Goethe. Imagínense que, entre los esquimales, existen creencias idénticas a las hindúes sobre la existencia del karma. —Lanzó su vista poderosa en dirección al canal, antes de añadir—: Desde luego, mis mayores avances los he realizado gracias al magnetismo animal y al espiritismo.

Rubén tuvo una especie de sacudida. Sin duda, esta revelación lo sobrecogía hasta lo más profundo de su ser y le inspiraba cierto deleitoso terror. Aunque el llamado magnetismo animal o hipnosis era aún menospreciado por las mentes más acreditadas, en aquellos años la práctica del espiritismo se había extendido por toda Europa y, de aquella doctrina, había brotado la teosofía. El conde no pasó por alto esa reacción, que acaso Darío hubiese deseado disimular. Persuadido, a lo que parece, de que había sido la

mención del espiritismo la que la había provocado, se dejó ir ante todo por ese rumbo:

—He logrado establecer —dijo— que nuestro cuerpo se compone de tres elementos: el cuerpo físico, el cuerpo mental y el cuerpo astral, que es la síntesis de lo inconsciente, de donde surge todo fenómeno psíquico. No olviden que, desde el Antiguo Egipto, se pensaba que el alma sufre cierto número de transformaciones, o lo que es igual, de reencarnaciones sucesivas, que van conduciéndola a la perfección. En el interregno entre dos vidas, esa alma permanece en una suerte de limbo transitorio. Yerra, por así decirlo, en torno a los lugares que antes habitó su cuerpo. Es entonces cuando puede ser evocada. Tú, Rubén, que dices haber holgado con Cleopatra, podrías invocar el espíritu de la reina egipcia sólo si, en este momento, ella se encontrara desencarnada.

—Y tú... —inquirió el nicaragüense—, ¿has logrado hacer contacto efectivo con cuerpos astrales?

—Muchas veces. Para ello me valgo de una médium, una lugareña que me presta ese servicio. Por desdicha, no he logrado, como sí otros espiritistas, que el espíritu invocado acuda en forma de ectoplasma y sea visible para nuestros ojos mortales. No. Los muertos me han hablado sólo a través de esa mujer, a quien querría que conocieras.

—¿Qué clase de mujer?

—La mandaré llamar —prometió el conde— Vive muy cerca de aquí. Te sentirás muy asombrado con sólo conocerla... De hecho, para complacerte, esta noche podríamos intentar una sesión.

Rubén tuvo otra sacudida. El anfitrión había dicho: "para complacerte", y la verdad era que el poeta nada había solicitado. ¿Por qué se había arrogado el conde la facultad de interpretar sus deseos tácitos? Acaso, pensé, porque en encuentros anteriores había notado la enorme curiosidad que en el poeta suscitaban esos espíritus que vagan por el éter. Entonces vi que Camilo Basili había separado sus ojos

del libro y observaba a Darío con cierta obsesión morbosa. Para hacerlo, no había girado simplemente los ojos, sino que había dado vuelta a todo su cuerpo en la silla de extensión.

—¿Lo quiere usted? —indagó de pronto—. ¿Quiere de verdad participar en una sesión espiritista?

En el rostro del poeta se dibujaba una angustia extrema. Alzó la copa y bebió un sorbo descomunal de alcohol de pera.

—Hace tiempos, cuando vivía en Buenos Aires, participé en algunas —confesó—. Pero, para serles del todo franco, carezco del valor suficiente... De niño, tuve ciertas experiencias... A menudo, intuyo presencias incorpóreas en torno a mí... Me visitan, y a veces no sé distinguirlas de las de carne y hueso... Seres que, supongo, pertenecen al plano astral... En varias ocasiones, he creído percibir la visión horrenda de Lucifer... En los días argentinos, ansié ver el Keherpas de Zoroastro, el Kalep persa, el Kovei-Khan de la filosofía india, el archoeno de Paracelso, el limbus de Swedenborg... Pero me faltó arrojo y debí contentarme con escribir uno que otro relato esotérico: *Thanatopia*, *El caso de la señorita Amelia*... Temo mucho a lo sobrenatural.

—Porque *lo considera* sobrenatural —arguyo el egiptólogo—. Debe usted hacerse a la idea de que el orbe de los espíritus *no es, en modo alguno, sobrenatural*. Es tan natural como el orbe físico.

—Quisiera comprenderlo así —vaciló Darío—. No ignoro que Eliphaz Lévi solía invocar el espíritu del mago Apolonio de Tiana. Pero, de todos modos, hay ciertas cosas que...

No concluyó la frase. Se hallaba en extremo atemorizado. El conde hizo con una mano un ademán tranquilizador y propuso:

—Asúmelo como una experiencia *necesaria*. Si, en verdad, los fenómenos que vas a percibir esta noche te inquie-